



José Manuel Estrada

## Personalidad histórica de José Manuel Estrada

JUAN CARLOS GARCIA SANTILLAN

Inspector de Enseñanza Secundaria.  
Miembro de la Academia Nacional de Jurisprudencia de Madrid y Correspondiente de la Academia Nacional de Historia de Buenos Aires.  
Miembro del Instituto de Ciencias Políticas

Los contornos apoteósicos que están adquiriendo los homenajes a nuestro compatriota José Manuel Estrada, a los cien años de su nacimiento, dicen ya mucho del carácter histórico de su fuerte personalidad.

Ningún homenaje más elocuente, en efecto, que el estudiárselo desde los más diversos y esenciales puntos de vista en que puede considerarse a un hombre y el encontrarlo en todos esos distintos aspectos como un acabado modelo, con esta particularidad: de que ningún otro ofrece mayor actualidad.

Nacido en una tumultuosa década de promedio de siglo, precisamente a los 350 años de plantar Colón la Cruz en nuestra América, surge, en verdad, a la luz de la Historia, con todos los signos del predeterminado que había de dar con su vida, con su obra y con su amor, nuevo fulgor al brillo de esa Cruz en nuestra patria, con todo lo que ello importa de tradición, de cultura y de civilización: era el hijo de la nieta de aquel gran personaje histórico, don Santiago de Liniers, el mismo que, en su heroica devoción, promoviera la gesta de la Reconquista para que, ante todo, en su querido templo de Santo Domingo, caído en manos del extranjero, de nuevo se venerase al Santísimo Sacramento, devoción consustancial a nuestra estirpe y nuestro pueblo.

*Hijo modelo* de tal estirpe, el sólo recuerdo de sus primeros años es magnífica evocación de cuanto de más hondo, elevado, apacible y dulce nos legó la hogareña hispana tradición. Es lo que, felizmente, ahora vuelve por lo menos en añoranza.

Modelo también de *estudiante*, es la antítesis de toda mediocridad. Su precocidad no es la de niño prodigio que presto se estanca o se apa-

ga con los años: es el vuelo inicial de alto aliento de un alma que no cesará jamás de ascender exigiendo la revelación de todas las facetas de la Verdad plena, absoluta, eterna para entregarse jubilosamente a Ella por completo. Ninguna apetencia de velocidad como ésta de nuestras mejores juventudes de hoy.

*Orador*, en la línea de Donoso a Mella —siempre actuales—, tampoco en esto es un mero virtuoso. Su alto vuelo en música y en verbo, pese a todo el barroquismo y la pompa del momento, es todavía y será siempre un encanto al buen gusto, porque es música y verbo florecidos del amor al mismo Verbo.

*Periodista*, de la prosapia de Veuillot, príncipe del periodismo del siglo XIX, vidente y previsor, continúa siendo en nuestro suelo el más actual de los periodistas de hoy en día, ajeno a todo ministerio de propaganda, —más ajeno si es extranjera— pues es el periodista hoy inencontrable: el que, con la Verdad, dice: sí, sí; no, no.

*Pensador*, no se marchitó con las efímeras soporíferas flores del escepticismo a la moda: maduró con los más medulosos pensadores de todos los tiempos y, en particular con los de la época en que vivió. Forjado en el humanismo eterno, no por diletantismo sino para ser precursor del hoy anhelado retorno al humanismo, es el humanista argentino que vivió integralmente el humanismo romano-hispánico: cristiano.

*Padre de familia*, su memoria completa aquella evocación del antiguo hogar hispano, y el entrañable amor cristiano que profesó a los suyos es el acento con que suena su tonante verbo de verdadero padre de la patria en defensa de la familia cristiana sin la cual no hay sólida sociedad humana ni siquiera Estado organizado ni patria de eternos laureles. En su decorosa pobreza le fué más difícil vivir su doctrina de la pureza de la familia cristiana y, desde su juventud, la vivió sin tacha, con aquella aureola en que fulguraba al pronunciar aquellas conocidas palabras de despedida, acaso las más hermosas, rodeado de sus hijos.

*Hombre de carácter*. He aquí la clave de la unidad de su vida y de su divina armonía. Ese campeón en destituciones, las pudo soportar por ser campeón del carácter. Ni pobreza, ni enfermedades, ni deserciones, ni abandonos, ni vacíos, ni incomprensiones, ni amenazas, ni persecuciones lograron desviarle un punto de su rectilínea y ascendente ruta de lucero.

No se cansaba de enseñar con su palabra y con su ejemplo: "Vale más la virtud que el talento".

La ciudadanía implica para él "una inteligencia fortalecida por el estudio...: una voluntad dócil para someterse al deber y enérgica

para cumplirlo: una sensibilidad impresionable e inclinada hacia lo bello en la naturaleza y en la moral". Su carácter fué su principal magisterio.

*Ciudadano*, nos da también una fórmula y un ejemplo admirables. La fórmula es que, respecto a nuestra Constitución, existen "los que la critican y la respetan, y los que ni la critican, ni la respetan". El ejemplo está en haber pertenecido a los primeros. Es que había un principio más profundo y más general en su vida de hombre y de ciudadano. Aquél, que una vez vivido, le puede hacer decir: "Yo mismo soy una libertad". Y era verdad: era la extraordinaria libertad de ser la voz del que clama en el desierto. Este es el gran mérito de Estrada. El que no ven los que carecen de la perspectiva de los tiempos. Era una libertad, porque "la Verdad nos hará libres"; porque, en verdad, y sólo en este sentido, "la libertad es cristiana". De esta libertad fué Estrada el adalid. Se ha dicho en estos días que Estrada puso para los argentinos la libertad a 0.95. Esto sólo es verdad en el sentido de que los hombres como Estrada, con su denuedo, hacen más accesible a los demás la conquista de la libertad.

La libertad, así, en general, es conquista personal porque sobre cada uno pesa la tremenda esclavitud del pecado original.

Los que se decían partidarios de esa libertad de baratillo fueron quienes lo hicieron batir entre los argentinos el record de las destituciones. Pero, ahora no nos contentamos ya los argentinos con que Estrada ni sus imitadores las ostenten como sus solas condecoraciones.

No; la libertad de Estrada no es la rusioniana libertad a 0.95 sino la libertad a millares de esfuerzos, de sacrificios, de purificaciones y de heroismos; la libertad del que dijo: "la santidad es la suprema libertad".

De ahí su querer que en el ciudadano sea un culto "la conciencia de su personalidad libre que levanta la voluntad hasta el heroísmo, la razón hasta la ciencia, el amor hasta la caridad".

Dechado de *patriota* en sus obras y en su vida entera, sus no igualadas exaltaciones patrióticas y su patriotismo prócer poseen la autenticidad en la ejecutoria de su religiosidad, fundamento el más profundo y sólido de la idea y del sentimiento de patria. Así, nada extraño que estos sus amores apareciesen siempre unidos en los más inspirados momentos de sus obras y de su vida: Dios, Patria, Hogar. Para él la patria es, tras el calor de hogar y a su luz, el primer ámbito de la particular revelación de Dios. Y el patriotismo, "el amor de la patria elevado del rango de sentimiento al rango de virtud".

*Maestro* ejemplar en todo sentido de la palabra maestro. También

por lo que dice y lo que hace. También de máxima actualidad. En la Argentina, el maestro por antonomasia. No podía pertenecer al gregarismo verdaderamente oscurantista de quienes enseñan sin saber qué es lo primero que tienen que enseñar. Tenía demasiado talento y demasiada conciencia para ello. Sabía lo que había que enseñar y lo enseñaba. No podía serle indiferente que el hombre se capacitase únicamente con conocimientos susceptibles de ser aprovechados para matarse. No era un normalista anquilosado, un fanático de la letra ni de las tablas aritméticas. Era un zahorí de la Verdad, un enamorado de la Belleza y un colaborador del Bien. Y este es su cultivo, su siembra y su cosecha a manos llenas; hasta hoy, hasta siempre; porque es lo único que no pasa.

Interviene en los tres grados de la enseñanza: elemental, secundaria y superior y de las tres es destituido precisamente por su aferramiento a la Verdad.

De las tres, a más del supremo magisterio de su ejemplo, nos quedan documentos inolvidables.

Acaso aquí se encuentren las mejores fórmulas de este maestro de las fórmulas exactas, bellas y eficaces: *“Creo —dice— que el papel del estado en materia de enseñanza es ilegítimo desde el punto que deja de ser subsidiario.*

Puede convenir que transitoriamente lo encabece, a falta de iniciativa social suficiente, y que subvenga a la difusión y la proteja. Pero, convertirla en una de sus funciones normales y erigir permanentemente un régimen que sólo conveniencias momentáneas autorizan, es un error gravísimo que nace en las sociedades modernas de una fuente malsana”.

En este punto nadie de mayor actualidad que Estrada: es el primero y el que más claramente preanuncia los tiempos en que estamos y los que le seguirán. Tras la pagana libertad endiosada —totalitarismo del individuo—, el endiosado totalitarismo del grupo —verdadero libertarismo del Estado—, si así puede expresarse semejante complicación nacida de un confucionismo fundamental.

El totalitarismo del Estado actual es hijo natural del emboscado y originario totalitarismo de la enseñanza, enorme y flagrante inconsecuencia del liberalismo. Este es el genial atisbo de Estrada en aquellos tiempos alegres y confiados del dejar hacer y el dejar pasar y del progreso indefinido. Oigámosle al respecto: *“Esperamos que el Estado eduque nuestros hijos, edifique nuestros templos, construya nuestros caminos, cuide nuestra higiene —piénsese en la eugenesia y en la eutanasia modernas—: aguardamos, en una palabra, de ese mito opulento una acción providencial y nos le entregamos”.* Y hasta este rasgo de

sano humorismo de conciencia tranquila: *“El Estado —monstruo— pamenta los que han de cuidar de nuestros intereses y de nuestra salud, al punto de que en este país no es posible arruinarse ni morir sin protección oficial”...* en realidad, cabe hoy agregar, para mejor arruinarse y para peor morir.

“Que el Estado tenga una forma u otra es cuestión interesante, sin duda, pero secundaria; lo sustancial es averiguar si el Estado puede o no arrogarse una facultad sin límites para gobernar los individuos.”

Su *Memoria* como Jefe del Departamento General de Escuelas le hace decir a Eugenio Hostos: *“Hay todo un hombre en este libro”.*

En 1881 ya decía Estrada que *“Masas inarticuladas y confusas, despotizadas por el Estado, son o tienden a ser todas las sociedades modernas”.*

Ahora basta decir sencillamente *son*; unas, porque lo quieren; otras porque lo merecieron. Hoy, todas, más o menos disimuladamente lo son. Otra vez, y como siempre, el castigo estuvo —está— en la misma culpa.

La segunda enseñanza le debe, a más de sus maravillosas lecciones y de su constante ejemplo, aquel luminoso plan que no ha dejado de ser de actualidad, pese a todos los olvidos de dirigentes, y que, además, contiene el lúcido anticipo de las nuevas corporaciones que hoy preocupan al mundo. Por lo cual puede con toda razón decir Garro que *“la adopción del mencionado plan, aparte de la economía que hubiera de producir, sería, a su juicio, una iniciativa fecundísima en el sentido de la verdadera libertad de enseñanza y de la solidez del sistema republicano, por la creación de corporaciones autonómicas, que reducen el poder del estado a sus límites naturales y constituyen el organismo de las sociedades libres”*, con lo que, finalmente, se está ya señalando también un remedio contra el actual Estado-ídolo.

Profesor universitario, está en las antípodas de quienes imparten una enseñanza verbalista y meramente libresca.

Tenía, por su ejemplo, la suficiente capacidad moral para decir: *“El verdadero terreno del estudio no es, por lo tanto, la Historia, sino la naturaleza del hombre en todas sus aptitudes, direcciones y formas”.*

En palabra final, Estrada maestro, es él mismo la primera tribuna de justicia y libertad levantada con las astillas de las cátedras destrazadas por el despotismo. Y ésta también es cátedra de actualidad.

Pero, quien quiera darle el epíteto que con más propiedad le conviene y que viene a resumir toda exposición acerca de su personalidad tiene que decir *Estrada católico*, o, mejor: Estrada, el católico; en lo cual además va implicado, Estrada el apóstol y acaso Estrada el santo,

con lo que, de nuevo, Estrada volvería a ser de máxima actualidad.

En efecto, ya en Estrada están en la plenitud de su significado todos aquellos caracteres que la Divina Providencia en sus inescrutables designios ha señalado a la renovación religiosa de nuestros días.

Estrada es en su vida, en su obra y en su palabra un miembro anticipado y modelo de la Acción Católica. Es el que dijo: "No lo diría yo si no pudiera ampararme en la autoridad de un Cardenal de la Santa Iglesia Romana: *"este siglo de universal secularización de todas las cosas, es el siglo del apostolado laico"*.

Seráfico y devoto del Sacramento del Amor, —otro carácter de la actual religiosidad—, intuye lo que sería la Argentina blanca y celeste del Congreso Eucarístico, el que dijo: "La Eucaristía es el centro de la vida cristiana. Todo remata, dentro de la economía moral, en la participación del sacrificio y la unión personal del cristianismo con el Divino Mediador. La comunión del Pan es el signo de la confraternidad; y *la virtud sube o baja según la fe en la Eucaristía se enardece o se entibia...*".

Estrada católico es nuestro primer perseguido del estado laicista. "Contaba con Cristo y sabía —como la Iglesia a la que alude y con la que siempre está— que la primera virtud de sus servidores es la abnegación para esperar... Se le ha imputado conspirar contra la paz del Estado, como si la paz de las naciones consistiera en la abyección servil y en el silencio estúpido... Ha sido acusada de comprometer los intereses cristianos por su espíritu intolerante y agresivo.... Siempre estará antes el soldado que no se rinde, que el soldado que capitula; y tres cuartos de siglo de experiencia nacional —y casi otros tantos podríamos añadir nosotros— enseñan que las transgresiones y la timidez derrumban las instituciones cristianas, porque con ellos se infatúa el enemigo, consolida sus adquisiciones, y la doctrina se mezcla y se corrompe en la mente de los católicos mismos". Este soldado invencible e incorruptible es José Manuel Estrada: ¡presente!

De uno y otro campo lo han negado.

Estrada perseguido, lo ha sido y todavía lo es, hasta por los católicos tibios o de rótulo o incomprensivos, e indirectamente por los del campo contrario que, con sus homenajes oportunistas más que oportunos, pretenden apropiárselo, fieles a la eterna táctica del mal que, para mayor eficacia suya, anhela usufructuar toda auténtica e innegable grandeza, ansia que viene precisamente a ser la ejecutoria de esta grandeza histórica.

Pero, él pertenece a quienes él mismo dijo pertenecer, y, en efecto, perteneció siempre.

Discutido todavía, en este centenario de su nacimiento, lo ha sido principalmente por los que antes hubieran sido sus defensores.

¿Cuál la causa? ¿Qué se le atribuye? Ante todo, la hispanofobia y el llamado catolicismo liberal, reales ponzoñas contra las cuales legítimamente combate, también ante todo, el más esclarecido patriotismo de las nuevas generaciones.

Mas, ¿qué hay en ello de verdad? ¿Cuál fué la exacta actitud de Estrada?

Grave error comete siempre, si no lamentable injusticia quien juzga, a la distancia del tiempo, sin trasladarse al tiempo mismo del juzgado.

Y es lo que ha pasado. Y tanto más cuanto el acusado mismo ya se había retractado, anticipándose en mucho a muchos de nuestros actuales días y hasta a varios de aquellos mismos que ahora puritanamente le combaten y que a sí mismos se llaman convertidos, porque de aquel híbrido catolicismo liberal tuvieron más de liberal que de católico.

El tiempo de Estrada nos dice, entre otras, estas dos cosas: aun no habían desaparecido las últimas generaciones que lucharon en la forzosa lucha de toda madura emancipación, luego generosamente reconocida por la misma España. Era explicable, entonces, un recelo y cierto ofuscamiento. Mas nada de ésto contaminó las profundas raíces hispánicas de Estrada. Pruebas: ya en 1883 exclama: "¡Tengo orgullo de mi estirpe, de mi raza y de mi patria!".

Pero, aun por lo que respecta a los actuales caracteres de nuestra argentinidad —y en alusión al aluvión inmigratorio y exótico— había dicho: "Perdemos en espíritu cuanto ganamos en cuerpo". Y llamaba patente sucia a lo que presentaba sello extraño a nuestra estirpe.

Y en cuanto a ese funestísimo catolicismo liberal, era, por desgracia, también el de la época y hasta el de poderosas mentalidades del campo católico cuya buena fe es insospechada. Monseñor Franceschi ya lo ha demostrado perfectamente con numerosas citas. Pero, por otra parte, Estrada tiene el gran mérito de haber sido aquí de los primeros en reaccionar de la manera más franca. Lo prueban no sólo múltiples pasajes de sus obras ya conocidas sino también y, si cabe de una manera más rotunda todavía, cartas inéditas y un documento, hasta ahora inédito y próximo a publicarse en la revista *Sol y Luna*, que equivale a la más paladina retractación, y que, entre otras cosas, dice: "Desde mi primera juventud veía yo con claridad que la República llevaba una vida política, que entonces sólo me parecía estéril, y después he visto que la conduce a la decadencia, por no estar en imperio los principios cristianos"... "Pero tuve la mala fortuna de pensar que el régimen, a cuya

sombra veía progresar el catolicismo en los Estados Unidos, podría ser preconizado como una solución correcta y universal del conflicto, que me parecía argentino, y era en realidad, del mundo entero. Por esto me sedujo durante algún tiempo el espíritu bien intencionado, pero paradójal, de los que en Bélgica se llamaron, antes del Concilio Vaticano, católicos liberales”.

Pero, mucho antes y bien temprano para él había comenzado la Verdad a hacerse luz plena en su espíritu. Es lo que aparece en su artículo de julio de 1875 *Peregrinación de luz del día* en referencia a Alberdi y a los Estados Unidos, y en su conferencia sobre *Le Play y el liberalismo*, de 1882.

Hasta por este nuevo camino de Damasco que es la Liturgia, Estrada es de nuestros días. Ella, dice él, lo iluminó del todo. Considera a Dom Gueremger, como un seguro guía. ¿Qué laico antes de él empleó con la insistencia que él la fórmula completa de “*Instaurare omnia in Christo*”, hoy tan repetida? Entusiasta lector y difusor de la Biblia, también en esto es un precursor de los nuevos tiempos.

Quienes, con toda razón, ven un maestro de patriotismo y de hispanismo en el gran apóstol convertido Ramiro de Maetzu no tienen porqué recelar del camino ascendente de este gran argentino. Si a Maetzu se debe la magnífica *Defensa de la Hispanidad*, Estrada es la viva defensa de la Argentinidad enraizada en Hispanidad.

Y toda la Hispanidad debe unirse para tributarle el debido homenaje: que no puede continuar, ni siquiera comenzar, sin restituir a todos los países hispánicos la verdadera libertad de enseñanza por la que él vivió y murió y por falta de la cual lucha también el mundo actual.

Para juzgarlo con justicia, comencemos por aplicarle la caridad que él tuvo para sus contemporáneos y que tendría con nosotros mismos.

Estrada sufrió la persecución hasta... de los malos homenajes. Hora es de repararlo. Mas, pese a todo, esa *nada intitulada* —cuerpo reducido a su mínima expresión e inteligencia carente de todo título oficial— es la que ya está haciendo prodigios: clara señal de los altos destinos. Dios, de nuevo, llena los vasos vacíos.

Con razón y belleza dice de él *Nice Lotus*: “Casi toda su vida, fué un capitán sin ejército. Después de él hemos tenido un ejército sin capitán: por lo menos sin un capitán de su talla. Esta era, quizá, la expiación que Dios impuso al pueblo argentino por haber quedado en horas históricas adormecido a los pies del becerro de oro”.

Bien predijo quien afirmó que pasarían muchas generaciones antes de que surja una figura tan completa como la de Estrada. Aquellos de su época que tanto ruido hicieron y que estuvieron contra él, se han

pagado casi todos ya sin pena ni gloria. Es el último en el tiempo de los grandes próceres argentinos y el primero, si no en las grandes empresas, en la pureza de su espiritualidad y en la elevación de su vida: arquetipo de genuina argentinidad.

Pero, pese a ciertas estridencias de uno y otro lado, al convertirlo su centenario en la actualidad palpitante, Estrada no es una moda, no es un accidente: Estrada es. Es historia: perennidad. Vía: *Estrada*.

Y lo es precisa y principalmente, porque es una viva saeta en línea recta hasta el blanco de la Verdad.

Hasta que la Verdad se hace en él también verbo. Entonces la saeta adquiere nuevo sentido: saeta hispánica, acento unido de contrición cantada. Puro espíritu: eternidad.